

estímulo, de esa corriente magnética que suele obrar prodigios en las naturalezas no refractarias al bien y que yacen tan sólo sepultadas en un temporal adormecimiento.

Ojalá nuestra raza india durmiera sólo, para despertar un día con el ya probado vigor de la mexicana!

VI

El General Don Vicente Riva Palacio, correligionario de Prieto, Ramírez, Altamirano, Ocampo, Zarco, Gutiérrez Zamora, Payno y casi todos los grandes hombres que han ensanchado la vida intelectual de México en la Reforma, es también un poeta notabilísimo.

Pertenece al número de los inmortales, á la fracción escogida que brilla hoy con la luz propia de su talento, y que seguirá brillando mañana en el cielo de *Anáhuac*, con resplandores más vivos en el sentido inverso de la distancia.

Ocupa entre la constelación poética mexicana, un puesto demasiado visible para que le olvide yo en mi trabajo.

Anciano ya, cubierto de gloria y rodeado de materiales comodidades, es quizá uno de los pocos hombres de verdadero mérito, en quien la desgracia no ha querido hundir su garra de tigre, dándole así derecho para ser optimista como lo es en este admirable soneto:

Mienten los que nos dicen que la vida
es la copa dorada y engañosa,
que si de dulce néctar se rebosa,
ponzoña de dolor guarda escondida;

Que es en la juventud senda florida,
y en la vejez, pendiente, que escabrosa
va recorriendo el alma congojosa,
sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡ Mienten! Si á la virtud sus homenajes
el corazón rindió, con sus querellas
no contesta del tiempo á los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas,
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas.

Riva Palacio, como tantos mexicanos ilustres, ha vigorizado su inteligencia en la lucha y respirado á pulmón abierto el humo sulfuroso de los combates. Vencedor en *Querétaro*,

á la cabeza de doce mil soldados de caballería, tomó prisionero á Maximiliano, y fué entre los generales enemigos del príncipe, uno de los más empeñados en salvarle la vida, con esa generosidad tan propia de los valientes.

Supremos intereses exigieron al tribunal de Maximiliano condenarlo á muerte; y es tiempo de afirmar aquí, haciendo honor á sus jueces, que algunos de ellos sintieron la propia inclinación benévola de Riva Palacio, pero que la ley era terminante, y no se trataba de la existencia de un hombre, sino de la salvación de un principio.

México necesitaba responder á los ultrajes de Europa, con un acto de valor, único, extraordinario, semejante á la pretendida asfixia de sus costumbres republicanas con el cordón del *Imperio*. En el *Cerro de las Campanas*, no se ejerció venganza contra uno de tantos desgraciados caudillos de nuestra raza, sino que se castigó á un personaje de sangre real, á uno de esos privilegiados seres que no purgan sus faltas allá, en Europa, y que á todo se creen autorizados por el derecho divino.

La grandeza de este fusilamiento estriba, pues, en el ningún respeto que á los americanos inspira una monarquía; en la igualdad de la ley puesta en práctica para todos los hombres, cualquiera que haya sido su nacimiento; en la lógica inflexible de Juárez, que no paralizó su acción justiciera y patriótica ni ante el ruego ni ante las amenazas, porque tuvo esa visión firme y clara de lo que había de asegurar para siempre á México el verdadero respeto de las naciones.

Después del fusilamiento de Iturbide, el emperador *nacional*, ¿qué de extraño tenía el fusilamiento de Maximiliano, el emperador *extranjero*?

Si la muerte del primer emperador no bastaba, preciso era que muriese el segundo, para cerrar de una vez el camino de tan extraña ambición en México.

Hay correlación perfecta en estos dos hechos políticos, al parecer aislados, y que no tienen semejanza en la historia del Nuevo Mundo.

Como recuerdo de aquella lucha en que figuró Riva Palacio, y como hermosa mues-

tra también de la poesía nacional mexicana, copiaré un romance del guerrero poeta, titulado *El Chinaco*:

Sobre los robustos lomos
de un poderoso alazán,
que apenas deja la huella
de su ligero trotar,
apuntando la mañana
y camino á Tehuacán,
va Márgaro Peñadura,
el *chinaco* más cabal.

Ancho bordado sombrero,
cubre su morena faz,
y matiza su *sarape*
la bandera nacional.
En el cinto la pistola,
el mosquete en el *carcax*,
bajo la pierna la espada
y en el cinto su puñal.

Busca inquieto entre la bruma
y descubre "á poco más",
pequeña casa escondida
en las sombras de un palmar,
y dejando su camino
y aguijando su animal,
en un instante el jinete
cerca de la casa está.

Y como si ya impaciente
se cansara de aguardar,

da golpes en la ventana
y muestra luego su faz
una morena que puede
pasar por una beldad,
de esas que hemos visto todos
y nos han hecho soñar,
y que siempre se recuerdan
como visión ideal.

— ¡ Alabo Don Margarito !
¿ Tan temprano por acá ?
— ¿ Te pesa luz de mis ojos ?
pues ya me voy á marchar.
— No me pesa, Dios me libre;
pero dicen que aquí están
los franceses. -- No hay cuidado,
porque yo vengo á explorar.

Tuvimos ayer campaña
y hoy quiere mi capitán
volver á *darle* á los zuavos;
conque adiós. — ¿ Por qué se va ?
estése siquiera un rato,
hájese á desayunar;
ha tres días que no viene...
— Mi linda, otra vez será,
que llegan los compañeros
y voy para Tehuacán.

Inclinóse la doncella,
un beso se oyó sonar;
alzó el *chinaco* el embozo,

cobró su empaque marcial,
y se perdió entre la bruma
galopando en su alazán.

En este cuadrito de tan amable sencillez,
luce, no obstante, con todo su esplendor el heroísmo popular de México. El poeta nos descubre con arte superior el alma de esos hombres que defendían su suelo patrio; alma grande que desdeña el placer y las caricias frente del enemigo y se conforta con sólo un beso de la mujer amada, por no faltar al cumplimiento de su deber. Es más heroico este hijo del pueblo resistiendo á las tentaciones de la hermosura, que cargando á los zuavos en la serranía de Tehuacán.

Y si nos fijamos en la material pintura del *chinaco* de México, sorprenden su semejanza con el *gaucho* de la Argentina. Quien como yo conoce ambos pueblos, encuentra aún más semejanza en la realidad. Tiene Rafael Obligado, el cantor popular austral, iguales notas á la del *chinaco* de Riva Palacio en el septentrion, porque, en efecto, los argentinos y mexicanos del campo no se diferencian gran cosa por su carácter y sus costumbres.

En el cinto la pistola,
el mosquete en el carcax,
bajo la pierna la espada
y en la bota su puñal.

Estos arreos bélicos lo mismo pintan al hijo de las *pampas* de la América del Sur que al de las *tierras templadas* en la del Norte. Cambiese las voces de *puñal* y *sarape*, por las de *chiripá* y *facón*, altérense otros provincialismos argentinos y mexicanos, y se obtendrá la copia idéntica en el *chinaco*, del *gaucho*, por la composición de su sangre y apuesto tipo, su amor á la libertad, coraje en la lucha, destreza en el manejo del caballo y el lazo, afición á la música, y, en general, por todo lo que constituye en el campo sus aventuras.

Riva Palacio era doctor en leyes cuando se lanzó á la guerra, y vuelto á la paz, no ha dejado un momento de trabajar con la pluma. Autor de muchísimas tradiciones y cuentos de la época del coloniaje, es, en este particular, el Ricardo Palma de México. Hay en su estilo familiar una gracia exquisita, un encanto especial, que le reconocen todos sus compatrio-

tas, aún aquellos en quienes alguna vez extremó su sátira.

El libro de los *Ceros* es, á este respecto, un ejemplar rarísimo. Se burla en él de cierto número de escritores notables, amigos suyos, imitando su propio estilo, pero sin caer jamás en la chocarrería y la inconveniencia.

Difícil y hasta imposible parece guardar las buenas formas de la amistad, haciendo reír á costa de un individuo. Riva Palacio, no obstante, eseximio en este trabajo de cosquillar la piel con una punta de lanza. Adivínase qué mortales heridas podía hacer enterrando un poco el acero; mas, obra de maravilla resulta esa labor sobre las carnes amigas, de las que otro, sin el talento de Riva Palacio, irremisiblemente vertiera sangre.

El libro de los *Ceros* es, pues, antes que todo, un triunfo de ingenio. Se ríe desde el principio hasta el fin á costa de los amigos y compañeros del General literato, y ciérrase el volumen con la impresión de haber conocido unos caballeros muy inteligentes, muy ilustrados y muy seriotos, bailando la tarantela por arte mágica de un diablillo.

Entre las poesías más aplaudidas de Riva Palacio está su soneto *El Escorial*. Fué la primera que leí y se grabó en mi memoria de tanto repetirla á mis camaradas en el colegio.

Resuena en el mármoleo pavimento,
del medroso viajero la pisada,
y repite la bóveda elevada
el gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
vive la vida de la edad pasada,
y se agita en el alma conturbada,
supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
contra su propia hiel buscó un abrigo,
esclavo de sí mismo, un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo;
águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo.

Difículto que en el Parnaso Español exista una joya de más valer. Sólo á un gran talento le es dado en catorce renglones pintar á un hombre como Felipe II, de la manera que lo hace Riva Palacio.

Águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo...

No conozco símiles más apropiados, pinceladas de mayor mérito, tratándose del personaje aquél, rencoroso y malvado, en quien se manifestó el desequilibrio de su abuela *Juana*, á estar con las teorías de los criminalistas modernos, que deducen, generalmente, ciertas malas pasiones de la locura en el abolengo más ó menos remoto.

Riva Palacio, hoy Ministro Plenipotenciario de México en la Corte de España, es objeto allí de grandísimas distinciones. Las eminencias políticas y literarias de ese país se encuentran con un representante americano de los muy pocos que no deben su encumbramiento al favor. Aprécianle en todo lo que vale y se sienten satisfechas de alternar con un hombre que no suple como tantos otros, con la investidura diplomática, la nulidad de su espíritu.

Hay una obra de grandísimo aliento,—*México al través de los siglos*,—en la que Riva Palacio ha trazado el plan y colaborado con los señores Juan de Dios Arias, Alfredo Chavero,

Julio Zárate, José María Vigil y Enrique de Olavarría y Ferrari, hombres todos muy versados en ciencias, artes, literatura é historia. Esta obra monumental, aunque adolezca de algunas faltas, es sin disputa, la mejor que se ha escrito en su género por americanos de habla española. Abarca la historia de México desde la remota edad en que aparecieron los *Otomíes* con otras tribus anteriores á los *Méxica* ó *Nahuatlacas*, allá por el siglo XIII, hasta nuestro días. En ninguna biblioteca de americano estudioso debe faltar esta obra editada con extraordinario lujo y que resume todo lo que la investigación humana ha alcanzado en distintas épocas sobre la vieja patria de Moctezuma (*Motecuhzoma*).

Riva Palacio, el militar, el historiador, el hombre político naturalmente gastado por la edad y la lucha de la existencia, aparece en algunas composiciones escritas en su mayor edad como un poeta de veinte años: tal es la viveza de sus sentimientos, el frescor de sus rimas, y un no sé qué de juvenil en sus acentos que brotan indudablemente del corazón.

Es un recuerdo dulce pero triste,
de mi temprana edad:
Mi madre me llevaba de la mano
por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
como pardo cendal,
y á gritar comenzaba en la cañada
el huaco pertinaz.

Cantaban los turpiales en el bosque
con dulce suavidad;
los penachos del mangle caballero
agitaba el terreal,

Y de la balsa entre los verdes musgos
acechaba el caimán,
y bajaban los peces á sus nidos
de concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
en su continuo afán,
y en medio á los rumores, dominando
los tumbos de la mar.

Mas, de improviso, atravesando el viento,
escuchóse fugaz
de las campanas de vecina aldea
tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio
la contemplé rezar,
y de llanto llenáronse sus ojos
y se inmutó su faz.

— ¿ Por qué lloras, mi madre ? la decía
con dulce ingenuidad;
y ella me contestó dándome un beso:
— Es preciso llorar,

Que, con lúgubre toque, las campanas
anunciándome están
que un hombre, como todos, de esta vida
pasó á la eternidad.

— ¿ Y tú te has de morir ? le dije entonces,
¿ tu amor me faltará ?
y ella sin contestar sólo lloraba
y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
y ella con dulce afán
enjugando mis lágrimas decía:
— “ ¡ Vamos, ya está, ya está ! ”

Pocos años después perdí á mi madre:
No ceso de llorar,
y en sueños la contemplo cada día...
Del cielo viene ya;

Llega, se acerca hasta tocar mi frente
su rostro celestial,
y con acento tierno me repite:
— “ ¡ Vamos, ya está, ya está ! ”

Si hay algo infalsificable para el talento, es
este lenguaje tan tierno, donde las palabras
son tomadas de la realidad más sentida. Es

cierto, ciertísimo, el episodio infantil que re-
memora el poeta, porque no existe imagina-
ción alguna que sea capaz de inventar estas
cosas de una extrema delicadeza, de un sen-
timiento exquisito, rebelde á toda forma que
no sea la natural.

— Vamos, ya está, ya está !...

Sublime vulgaridad de lenguaje en una
madre que quiere calmar el dolor de su
hijo !

¿ Qué artificio de ingenio puede suplir una
locución tan sencilla, que todos hemos escu-
chado alguna vez, con ocasión semejante si no
igual á la que nos pinta Riva Palacio ?

Vamos, ya está, ya está, es la frase sacra-
mental con que quieren nuestras madres,
cuando somos niños, hacernos olvidar el
amargor de una medicina, la caricia hablada
con que notifican el perdón de una travesura,
la voz amorosa por excelencia que oímos to-
dos, como Riva Palacio, entre las melancolías
del sueño, recordando las muchas veces que
hemos vertido lágrimas y recostado la cabeza
en el blando seno materno...

Quien no se siente conmovido ante la rima anterior, ¿qué sabrá de las bellezas del alma? ¿qué idea tendrá de la misión de la poesía?

En todos los versos citados hasta aquí, de Riva Palacio, habrá notado el lector, que se trata de un poeta en quien nada ha influido el mal gusto de su época. Sin ser joven, sin pertenecer al número de los que han bebido en mejores fuentes, tiene la espontaneidad y mayor tersura de forma apetecibles en un poeta moderno.

Desarrollado en un medio distinto del actual, durante una época en la que poco ó nada influían en América los grandes bardos de Alemania, Francia é Italia, está sin embargo, como artista, á nivel de Acuña, Peza, Díaz Mirón y otros poetas de que ocuparme debo más adelante en confirmación de lo que en un principio dejé asentado, respecto á ser hoy México la sección americana que más originalidad y vigor demuestra en su poesía.

La flexibilidad del talento de Riva Palacio es notable, porque casi no hay ramo de la literatura en que no haya sobresalido. La críti-

ca, la historia, la poesía de su patria le deben mucho. Este Proteo de las letras no sabiendo una vez cómo sorprender á los lectores de *El Imparcial* de México, allá por los años de 1872, resolvió disfrazarse de mujer dando á luz una serie de composiciones en verso firmadas por *Rosa Espino*. Bien pronto la fama de esta poetisa, que guardaba el más riguroso incógnito, creció y creció hasta llamar la atención de todos los literatos que saludaban á *Rosa Espino* con entusiastas voces.

Muchas tiradas de versos y artículos encomiásticos aparecieron en la prensa de México saludando á la novel poetisa que se anunciaba con la inspiración de una Gertrudis Gómez de Avellaneda.

No faltó quien la declarase su amor en versos quemantes y la llamase *linda y púdica flor*, con otras expresiones que alimentan el orgullo de las mujeres.

Llegó la fama de *Rosa Espino* á tal punto, que un célebre escritor, don Anselmo de la Portilla, español vecindado en México largos años, y muy querido por sus virtudes profesionales, propuso en el *Liceo Hidalgo*,

durante una sesión á la que asistía Riva Palacio, que se nombrase socia honoraria del Liceo, á la poetisa que engalanaba con las joyas de su talento las muy leídas columnas de *El Imparcial*. La propuesta se aprobó por aclamación; y es lo chistoso del lance, ateniéndome á lo que refiere don Francisco Sosa, el conocido americanista, que la Portilla dirigiéndose á Riva Palacio, le dijo en tono sentencioso: “Para escribir como *Rosa Espino* escribe, se necesita tener alma de mujer, y de mujer virgen...”

No sé qué cara pondría el General ante esa declaración. Ello, en todo caso, demuestra lo que puede el arte cuando le ayuda en sus pesquisas en el campo de la sensibilidad femenina, un corazón experimentado.

El marinero audaz que se aparta de las orillas donde echan sus redes los pescadores tímidos, ¿cómo no ha de volver trayendo ejemplares de peces extraordinarios?

El hombre superior, amante, que ha lanzado su barca por todos los mares de la pasión, que ha naufragado alguna vez y puéstose á flote nadando con valor entre las rompientes,

es natural que conozca dorados peces, sirenas encantadoras que sólo viven en islas muy apartadas, huyendo de la vulgaridad del hombre en ciertas orillas.

Rosa Espino es la revelación de ese tipo desconocido para los pescadores de playa. Cuando dice,

Entre angustias y desvelos
paso la noche agitada:
¡Ay! del alma enamorada
adonde anidan los celos!

Y mi razón se extravía
entre el temor y el recuerdo,
que en esos amores pierdo
el alma del alma mía,

se ve á la sirena sorprendida, lanzando sus ayes lejos, muy lejos, allá sobre algún peñasco, mar adentro de la pasión.

¿Y por qué esta mujer fingida no ha de ser la realidad de otra á quien el poeta ha escuchado? *Rosa Espino* ha existido, seguramente, con la diferencia de que habla por boca ajena, quizá por la del hombre que repite sus mismas voces, recordando como entre sueños, el

arribo á misteriosa gruta bañada por el Océano, cuando esplendía para él en plena dicha, el sol de la juventud...

Privilegio es de las almas grandes sorprender los sentimientos y hasta el lenguaje de aquellos á quien se acercan. Una mujer superior por la bondad y el talento enseña más á un poeta en el trato íntimo del amor, que todos los libros escritos sobre su sexo. Puede hablar como *Rosa Espino* sin tener *alma de mujer y de mujer virgen*, al decir de don Anselmo de la Portilla, el hombre no vulgar puesto en comunicación amorosa con una virgen. Cuántas bellezas reales, cuántas frases sublimes escapan de los labios de una mujer electrizada por la pasión! Si un amante cualquiera no las comprende, ellas son en cambio, vivas y calientes inspiraciones para un poeta.

Á las muy nobles prendas literarias del general mexicano, hay que agregar todavía la del valor moral que exhibe en este soneto que se registra con el título de *La muerte del tirano*, en la última colección de sus poesías.

Herido está de muerte, vacilante,
y con el paso torpe y mal seguro,
apoyo busca en el cercano muro,
pero antes se desploma palpitante.

El que en rico palacio deslumbrante,
manchó el ambiente con su aliento impuro,
de ajeno hogar en el recinto obscuro,
la negra eternidad mira delante.

Se extiende sin calor la corrompida
y negra sangre, que en el seno vierte
de sus cárdenos labios la ancha herida,

Y el mundo dice al contemplarle inerte:
“Escarnio á la virtud era su vida;
vindicta del derecho fué su muerte.”

Hay valor moral, he dicho, en la poesía anterior, porque no todos los hombres de pluma colocados en la alta esfera política y social de Riva Palacio, se atreven á disculpar el tiranicidio.

Nuestra pobre América, más fecunda que Grecia y Roma en déspotas sanguinarios, ha presenciado muchos dramas también, del género que representaron Hiparco y Harmodio, Julio César y Bruto. Los fanáticos ó abnegados ciudadanos que entre nosotros han dado muerte á ciertos genios maléficos

que se titularon dictadores y presidentes, no han hallado sin embargo, otra recompensa que el exterminio ó la persecución más cobarde por parte de los mismos que se beneficiaron con el castigo de esos tiranos.

García Moreno, el ogro del Ecuador, el que vivió sin ley alguna, azotando y fusilando en diez y seis años, cayó al fin herido de muerte por unos cuantos jóvenes ardorosos que se propusieron libertar á su patria de tal verdugo. ¿Y cuál fué la suerte de estos fanáticos que no hicieron más que seguir el consejo dado en un libro por Montalvo, el gran escritor?... El que no murió en un patíbulo, condenado estuvo cual Roberto Andrade, á vivir proscripto en el extranjero.

¡Oh! crucifixión eterna de todos los Rentadores!

En el aislamiento moral en que viven los tiranidas, víctimas de su ciego amor por la patria, cuán grata satisfacción debe producirles la voz de un hombre superior como Riva Palacio, que dice inspirándose en los principios de la más alta justicia, y cual si se dirigiese en particular al monstruo que han inmolado:

Vindicta del derecho fué su muerte!

Para terminar este capítulo, añadiré que Riva Palacio, sin vivir con la juventud de México en la intimidad que han vivido Ramírez y Altamirano hasta ayer, y Guillermo Prieto hasta hoy, fué siempre un maestro solícito, cariñoso, y que ha sabido cual pocos impulsar á esa juventud en el camino que recorre con provecho de las ciencias y de las artes.